



Islandia

Manuel Vilas

DESTINO

Islandia

Manuel
Vilas

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín

I

Ada y el adiós
(largo lamento)

I

Veo gente feliz en el tren AVE, hablan y sonríen. En especial en las mesas de cuatro viajeros. Contemplo a dos matrimonios. Solo puedo ver los rostros de uno de esos dos matrimonios, un hombre de unos sesenta años y una mujer tal vez de cincuenta y cinco. Llevan una sonrisa encima que me parece amenazante, en el sentido de que yo no sonrío, ni tengo motivos para hacerlo. Están en paz con todo y su rostro emana luz. Están de vacaciones, deduzco, y van con otro matrimonio amigo, del que no puedo ver sus rostros porque me dan la espalda. También me inquieta que el otro matrimonio, que supongo feliz, me dé la espalda. Todo me aflige, todo engorda mi suplicio personal. Enseguida, enseguida contaré mi dolor, mi angustia, o tal vez mi desgarramiento, todo viene mezclado en este misterio de vivir.

Ahora se han levantado los cuatro porque van al bar, y puedo ver que uno de los dos hombres lleva pantalón corto, pues ya está cerca el calor, a pesar de que es mayo. Visten ropa cómoda. Y yo tengo dentro de mí como una piedra, una piedra en el alma, una amputación o una posesión, como si me estuviera tor-

turando un demonio tan invisible como eficaz. Me resulta amenazante la felicidad de esos dos matrimonios. Me recuerdan que no he sabido lograr la serenidad, la paz. Me recuerdan que he fracasado, pero aun así hay en mí un deseo poderoso de seguir adelante.

¿Cómo he podido fracasar tanto en el amor?

Si no hay nadie a mi lado, el mundo se vuelve tenebroso.

Me enfrento, con sesenta y dos años, a la segunda gran ruptura amorosa de mi vida. Creía que no habría ya más fracasos, que el haber fracasado con mi primer matrimonio era ya suficiente en ese comercio de alegría y tormento que un ser humano mantiene con la vida. ¿Pero una ruptura amorosa es un fracaso? Más bien lo que yo temo es quedar a la intemperie. ¿Qué intemperie? No volver a ser amado por nadie, eso es lo que yo temo. Por eso el matrimonio triunfa, es como una garantía de eficacia para toda la vida.

Ahora estoy en un tren, reconcomiéndome, mudo, ausente, en otra parte, y se está abriendo una nueva dimensión desconocida en mi vida, y no quiero entrar en ella.

Es Ada, mi mujer, si es que era mi mujer, de repente he dudado, la que me deja. Eso es así, pienso y vuelvo a pensar, es ella la que se aleja de mí, y el verbo *alejarse* adquiere un significado nuevo y desmesurado. Irse de otro, eso es un divorcio, una ruptura. *Ruptura* y *divorcio* son dos palabras que no aciertan para nada con lo que nos ha pasado. Tampoco *desamor*. La palabra mejor es *adiós*, el adiós, el gran adiós. Todos acabamos diciendo adiós.

Me dijo, por teléfono, hace unas doce o trece horas, que ya no está enamorada de mí. Literalmente dijo esto: «es que ya no estoy enamorada de ti, y tenía que decírtelo, ya no podemos ser pareja, a partir de este momento, no quiero vivir un mundo de engaños y mentiras como me pasó con mi primer marido».

Es muy duro que te digan eso si no lo esperas, si no es algo acordado, si se trata de una decisión unilateral. El unilateralismo en el amor genera las mismas guerras que el unilateralismo en la política de las grandes naciones.

Te hace sentir culpable de ser poca cosa, culpable de no ser algo mejor, algo digno de la perseverancia del otro en el enamoramiento. Ada, mi segunda mujer, me dijo hace unas doce horas que a mí me pasaba lo mismo. Ada dijo: «y tú tampoco estás enamorado de mí, y lo sabes, lo que pasa es que te has hecho a la comodidad de vivir en pareja, pero eres tú el que primero se desenamoró, lo decías en tus diarios, es verdad que no tenía que haberlos leído, lo siento y te pido perdón, pero allí lo decías, y no ahora, sino hace ya tiempo».

Es verdad que yo escribía cosas privadas en mis agendas en donde dudaba de la relación, pero no eran reales, eran desahogos. Ada no acepta que fueran desahogos y fantasías. Qué difícil es saber qué sentimos. Y sobre todo yo, que mezclo necesidad y amor. Y que incluso cabe la posibilidad de que no haya amado nunca a nadie, ni siquiera a mí mismo.

No sé nada.

Ada me dice por WhatsApp que pida hora con mi psiquiatra.

Es lo que acabo de hacer, pedir hora de urgencia.

Tampoco mi psiquiatra sabe nada, nadie sabe nada, tomamos decisiones pensando en que sí sabemos, pero creo que no sabemos nada.

Una canción de Amy Winehouse suena en mi cabeza. Es *Back to Black*, que tanto oímos en aquel coche del que luego hablaré, con el que viajábamos por Estados Unidos.

Esa canción dorada y catastrófica de una mujer enamorada llamada Amy Winehouse, que se murió de soledad con veintisiete años y que escribió el mejor poema del mundo, el poema que habla de cómo te sientes cuando el amor de tu vida te dice que ya no te quiere y de cómo se abren los palacios de la oscuridad: *Back to Black*.

La pena es un abismo solitario, por eso nos aterra, porque es solitaria. La pena no se puede compartir como una tarta de cumpleaños. No existe la celebración colectiva de la pena. La pena eres tú solo, a la deriva. Y puede ser bonita, la pena. Vivo una turbación que rompe las ideas de mi mente, que trae una verduzca desorientación, un moho cerebral, después de haber oído «ya no estoy enamorada de ti».

Estallan los pensamientos, surge el miedo visceral, no hay norte, te quedas quieto, aterrado, enmudeces, te caes dentro de ti mismo, una y otra vez, el alma está llena de cortes sanguinolentos, te duele la cabeza, respiras mal, y sin embargo sigues vivo.

Le digo a Ada que mi psiquiatra no es una maga de oriente, no tiene poderes sobrenaturales. Casi no he dormido en toda la noche. Oscilo entre la idea de

que conseguiré salir adelante y la idea contraria, la de que acabaré en un psiquiátrico.

Wasaps y más wasaps.

Sí, en aquel coche blanco, en el Midwest, sonaba aquel cedé de Amy, que estará por alguna parte, pero vete a saber dónde. Lo compré yo en una tienda de Minneapolis, por diez dólares, en el año 15.

Y ese disco fue nuestro disco.

Y contenía una profecía que se acaba de cumplir: *Back to Black*.

Ella ya les ha comunicado a sus padres que quiere dejarme. No, en realidad se lo ha dicho primero a sus padres, para obtener su visto bueno, antes de decírmelo a mí. No más wasaps encendidos de confusión y rabia. Vuelvo a hablar por teléfono con ella. Sus padres son su fortaleza. Yo no tengo padres. Murieron los dos. ¿Dónde está mi fortaleza? Ni siquiera en el cementerio, pues los dos fueron convertidos en ceniza, y ahora me arrepiento de que no tengan una tumba; bueno, un nicho, claro, y estoy pensando en ellos y a ellos me estoy encomendando, a su voluntad de darme la vida. ¿Intentarán ayudarme mis padres muertos? ¿Harán algo por mí desde el reino de los muertos? ¿Qué van a hacer? ¿Y qué podrían hacer por mí aunque estuviesen vivos si nunca tuvieron dinero? Si estuvieran vivos y les dijera que mi segunda mujer me ha dicho que ya no está enamorada de mí, ¿qué harían ellos? Pensarían que me han echado de un trabajo, eso harían.

No harían lo que han hecho los padres de Ada, que le han manifestado su comprensión y su apoyo. Y han entendido su desamor, y le han dicho que si ya

no me amaba, pues que adelante, que allí estaban ellos. También le han dicho que yo soy una buena persona. Después de once años de estar casado con su hija me voy con un certificado de servicios, con una carta de recomendación.

«Te has quedado sin trabajo, hijo mío», me dirían mi madre o mi padre, que ya son un solo ser en la muerte. Mi madre añadiría: «vuelve a vivir conmigo, que estaremos muy bien los dos».

No puedo ver así las cosas, no tengo derecho a valorar así las cosas, es injusto por todas partes. Pero me vienen esos pensamientos a mi asustado cerebro. No puedo evitar ver las cosas así, explorando abismos morales siempre, así es mi vida. Y sé que llevo razón, lamentablemente. Es que tengo delante de mí la carta de recomendación de sus padres: buena persona, buen marido, pero dura diez años en el mejor de los casos.

Mis padres me habrían echado la culpa de la ruptura. Porque mis padres eran muy poca cosa, y yo también lo soy. Se nos nota enseguida. No tenemos orgullo porque nunca tuvimos dinero para comprar el orgullo. Mi hermano y yo pagamos los dos ataúdes, el de mi padre y el de mi madre. El pasado regresa cuando se produce un cataclismo. Mi padre murió en el año 5 y mi madre en el 14, y se presentan ante mí en este año 25 con sus ataúdes pagados por sus hijos para contemplar mi segundo divorcio.

Se es poca cosa por voluntad y por una forma extravagante de la elegancia. Ves lo que hay en el mundo y decides que vas a ser poca cosa, y eso ocurre

porque no te crees del todo que exista el mundo; y al final no sabes si la vida es real del todo.

Sin dinero, el orgullo es un artículo de lujo que no te puedes permitir. Sin dinero, cualquier adversidad se multiplica por diez. Sin dinero y solo, por cien.

Menos mal que en Puertollano se han bajado los dos matrimonios felices, ahora en su lugar hay un hombre solo, con sus auriculares puestos.

Me llega un wasap de mi psiquiatra, dice que me sacará adelante, qué va a decir si no. Toda España es un ser deprimido y angustiado, y no hay psiquiatras suficientes. Al menos ahora la gente lo dice: «voy a mi terapeuta». No le llaman psiquiatra, le llaman terapeuta. El eufemismo en España es el rey de la vida. En España la gente no se muere. En España no hay muertos. En España la gente solo fallece. De modo que es un país sin muertos, solo tiene fallecidos. En España no hay alcohólicos, solo personas que empuñan el codo. Dicen: «sí, fulanito bebe». No, no es así, es de este modo: «fulanito es un alcohólico». En consecuencia, también es un país sin alcohólicos; en todo caso, un país en donde la gente bebe un poco de más.

Yo pensaba que los acantilados ya habían desaparecido de mi destino. Pero están allí. Es devastador y mortificante que te digan que ya no te aman. ¿Cómo puede estar segura de eso? Es el nacimiento del pasado, ahora está naciendo el pasado. Quiero decir que si Ada ya no está enamorada de mí, he de pensar que hubo un tiempo en que sí lo estuvo, y ese tiempo ya se fue. Por eso digo que acaba de nacer otro tiempo.

Solo escribir aquí esa frase, «ya no estoy enamorada de ti», hace que me sienta ante lo desconocido.

¿Hay vida más allá de esa frase? Insiste con convicción en que a mí me pasa lo mismo, que ya no estoy enamorado de ella. Yo le he dicho que se equivoca, que yo sí sigo enamorado de ella, pero no me cree. Nunca me ha creído nadie. Ni yo mismo. Eso también es un destino. Y ella se empeña en que yo tampoco la amo. Y el problema es que yo no tengo esa certeza, o hay algo en mí que me impide profundizar en ese dilema: si sigo o no sigo enamorado de ella.

Cuando llego a la estación de Atocha todo se derrumba, quiero decir que me pongo nervioso, que se me lleva por delante una sensación ácida de acabamiento, entro en mutismo, rabia, desorden de mis manos y de mis piernas, muerte moral. La gente nota el temblor de las manos y la contracción de tus pómulos, la caída de la mirada, o la conversión de tus ojos en dos diminutas canicas inexpresivas o dolientes, hasta la frente se desentiende, los dientes también quieren irse de tu boca, y la boca se cierra como una puerta fúnebre, y por dentro comienzan las radiaciones: el corazón hace cosas raras, la respiración se detiene, el estómago no sabe si existe o es solo una fantasía del cerebro, y, de existir, desconoce su cometido.

Reservo un Uber para que me lleve a casa.

Al menos mi temor a la ruina económica sigue en pie, pues existía antes de que Ada me dijera «ya no estoy enamorada de ti», y me parece que dieciocho euros es una fortuna que no puedo permitirme. Este padecimiento ahora tiene otra naturaleza, porque

hay un antes y un después de esa frase, que agrava la presencia de esos dieciocho euros que ya están cargados en mi desolada tarjeta de crédito, pues ella sabe que tiene la mala suerte de pertenecer al hombre equivocado. Hasta mi tarjeta de crédito preferiría estar con otro u otra, eso lo noto.

Existen dos tiempos: el que yo era antes de «ya no estoy enamorada de ti» y el que viene al mundo como un recién nacido después de esa frase. El que ha venido al mundo es un ser deforme y asesino.

Ahora, claro, me doy cuenta de lo feliz que he sido en estos últimos once años al lado de Ada. Y de lo que me ha regalado, el amor que me ha dado. El amor más grande del universo. ¿No ha sido ese amor un regalo de Dios? Pero ya no sirve, parece una grotesca fantasía. Al salir del coche del tren, en esa cola que se forma, he pensado en cuántas personas estarían como yo, destruidas por dentro. Eso no se puede detectar. Aparentemente todos somos viajeros, pero cada uno lleva dentro un paraíso o un infierno, cada uno con su soledad, con esa cosa que te habla y te dice «nunca serás feliz y todos tus sueños ya han comenzado a convertirse en pesadillas».

He corrido a coger el Uber por miedo a que el conductor llegara antes que yo y tener que pagar una penalización. Porque todo han sido penalizaciones en

mi vida. He llegado antes, pero he llegado con el corazón bombeando sangre con una velocidad desconocida, no era solo algo orgánico, bombeaba sangre desprovista de vida, sangre caudalosa, sangre con tierra dentro, sangre para la nada, porque era sangre sin otro ser enamorado en donde desembocar.

Ada me ha dejado y mi vida es un caos. Se acercan los vientos de la soledad. Yo no soporto la soledad. Prefiero morirme. No me soporto a mí mismo. ¿Le pasa a más gente? Adivino que no soy el único. La gente no lo reconoce. Yo tampoco lo reconocía.

Recuerdo que cuando hemos hablado por teléfono ella ha dicho «es el desamor». Parece que ella sí tiene un nombre para esto. Yo no lo tengo. No me gusta esa palabra, es tópica, no quiero ningún tópico en mi vida, que está llena de tópicos porque a estas alturas de la Historia solo cabe esperar que tu vida se encuadre en algún tópico; pues la única garantía de vivir con salud física y mental es vivir dentro de los tópicos en uso. Apártate de un tópico y a los cinco minutos estás muerto.

Ha dicho también «soy una excéntrica, si quieres». Esa palabra puede quedarse en nuestro adiós. La palabra *excéntrico* sí nos define, a los dos. Los dos somos dos excéntricos.

Si alguien me asesinara ahora mismo, me haría el mayor favor que puedo concebir, pues dejaría de sentir a la blanca nadadora de la pena sembrando al-

mendras amargas en las falanges de mis pies, que ya no quieren caminar.

He bajado del coche y me he despedido del conductor muy ceremoniosamente, como alguien que se va al otro mundo, como un culpable, porque los culpables siempre son extremadamente educados y siempre hablan y hablan y hablan como cotorras febriles. El conductor me lo ha agradecido, pero ha advertido mi exceso. Él también tendrá sus problemas, e imagino que habrá vivido sus historias de amor. Aunque como se pasa doce o catorce horas metido en el coche para levantarse mil euros, lo mismo no tiene tiempo para el amor.

Y con mil euros el amor no existe.

¿Cuántas historias de amor he vivido yo? ¿Y las he vivido porque gano más de mil euros al mes?

Historias de Amor con mayúsculas solo he vivido dos. No son muchas. Tengo miedo a que no haya una tercera. Barrunto la imposibilidad absoluta de que haya una tercera. Porque yo necesito amar, eso sí lo sé.

He entrado por la puerta, ese era un momento importante. Por lo hablado por teléfono, ya nos habíamos convertido en otros. Por un triste teléfono. De ahí la importancia absoluta de los teléfonos sobre la faz de la tierra. Los teléfonos lo son todo: son palabras, duras palabras, sin la presencia de un cuerpo, son la cobardía concreta y material y convertida en utensilio. Los teléfonos incitaron a la cobardía universal. No, no es cobardía, es otra cosa. Es asepsia. Los teléfonos son asépticos.

Así que después de las largas charlas telefónicas nocturnas, que nos tuvieron, al menos a mí, al borde de un ataque de nervios, al borde de entrar en la psicosis, en la crisis de angustia, enfrentarte a la persona que te ha dicho «ya no estoy enamorada de ti» contenía terror y una infinita tristeza, las dos cosas a la vez.

Nos hemos sentado en la cocina. Instintivamente hemos buscado la querencia de la cocina. No nos hemos ido al salón. Hemos elegido una cocina, una mesa de cocina, dos incómodas sillas de cocina. ¿Cuánto dura una silla de cocina? Pueden durar tres veces más que el amor entre dos seres humanos. Cuidado con las sillas de cocina, lo oyen todo, lo saben todo. Una silla de cocina es un testigo. Ahora miro las sillas de nuestra cocina y me dan pena. Pobres de ellas. ¿Dónde acabarán? ¿Lo saben, saben que irán a un punto limpio?

Ella me tiende la mano y me dice que era lo mejor para nosotros. Yo le digo la verdad, y la verdad es que sigo enamorado de ella y que la sigo queriendo. La palabra *nosotros* va y viene en su boca.

¿Nos acabaremos odiando o seguiremos amándonos como amigos? No lo sé. En este momento, no tengo la menor idea. ¿De qué dependerá? De lo de siempre: de la humillación. Un ser humano humilla a otro. El humillado acaba odiando. Y el que humilla acaba por justificar su acto en nombre de su libertad. Y los dos tienen razón, más o menos.

Luego Ada ha dicho esto: «siento haberte jodido la vida». Cuando te dicen eso uno piensa en vengarse o defenderse o en hacer algo, porque esa declaración de que te han jodido la vida ataca a tu supervivencia, pero pronto rechaza tal acción, por falta de energía y por aburrimiento y por respeto a uno mismo. Ese es el problema del despecho: te pierdes el respeto a ti mismo. Todo hombre o mujer que caiga en el despecho se ha perdido para siempre.

¿Nos habremos querido alguna vez en estos últimos once años? Ni siquiera es un número redondo, como diez años, pues han sido once. Por eso estoy escribiendo este libro, por esa horrible pregunta.

¿Se aman alguna vez los seres humanos que dicen que se amaron una vez? Me salen un poco más de once años.

Exactamente once años y cinco meses.

Todo el rato es lo mismo en mi cabeza: saber si este amor que se muere fue real mientras estuvo vivo. Y yo le añado mi obsesión: los números, porque son reales. Los números dicen cuánto estuvimos juntos. Me refugio en los números.

¿Cuánto tiempo es once años y cinco meses?

No es toda una vida, solo aparentemente no es toda una vida; en verdad sí es una vida entera.

Ada me implora que pida hora a la psiquiatra. Es la cuarta vez que me lo dice. Se siente culpable de haberme jodido la vida. Su culpabilidad es tan eviden-

te que la hace aún más culpable no ante mí, sino ante ella misma. Y yo me siento culpable de que ya no esté enamorada de mí. Nos intercambiamos las culpas, porque sin culpas no hay forma de sentir el pasado, de saber que existió el pasado, la culpa es un amarre.

Ella no tiene la culpa de nada y yo tampoco.

Ella solo es un ángel decepcionado.

Es un ángel valiente, que ha hablado, que ha dicho una verdad.

Sin embargo allí estamos, con la culpa encima, como si fuese una pelota de tenis diabólica y nosotros dos avezados tenistas, que peloteamos con la culpa sin que ninguno sepa coger la pelota con la mano y lanzarla fuera de la pista de tenis, por encima de la alambrada, enviarla al bosque, al río, perderla en la maleza. La pelota de tenis es fundamental ahora. Quiero decir que hablamos a través de una pelota de tenis que arde en nuestros ojos. Tiene que haber un objeto que sirva para depositar en él todo. Llamo pelota de tenis a la culpa o al adiós o al fracaso.

Como callo, y solo sostengo mi cabeza con las manos, parece que he entrado en las profundidades del silencio.

Ella necesita no sentirse responsable de mi abatimiento psicológico y yo necesito un motivo para seguir viviendo. También soy consciente de que he dejado de importarle, y eso sí es un espectáculo monstruoso, porque estoy viendo la disolución de un ejército leal, compuesto por ella y yo. Cada uno se tendrá que apañar como pueda, ya no hay nación.

Nunca había experimentado el egoísmo ajeno

con tanta intensidad, pero puede que no sea egoísmo, pues el egoísmo tiene mala prensa. No, ella no es egoísta. El realismo se disfraza de egoísmo, eso es. ¿Y si en vez de egoísmo es clarividencia y valentía? Porque la pelota de tenis dice eso: que cada uno sobreviva, tras el naufragio de un amor, como pueda. Si uno de los dos se ahoga, ya no será un problema del que quede vivo. Y la pelota sigue en la cancha. Lo de la pelota de tenis, sí, una ocurrencia visual, no sé, un disco ardiendo.

Todas las interpretaciones son posibles en un divorcio. ¿Pero es solo un divorcio? ¿Solo se trata de un divorcio? Pienso que al menos me iré de este mundo con la experiencia de una crueldad desconocida para mí hasta la dicción de esa frase. Porque crueldad sí ha habido, la que nace de una imposición, de una decisión unilateral. ¿Pero la crueldad y la libertad no son la misma cosa? Cualquiera que nombre la verdad ejerce la crueldad, porque la verdad siempre deja algún muerto encima de la mesa.

Aquí el muerto es el amor. Y mi psicología, que también se ha muerto.

Me viene a la cabeza el dicho de «quien a hierro mata, a hierro muere». No lo aplico a mi ruptura con Ada, sino a la que ocurrió hace trece años con mi primera mujer. Cuando mi primera mujer se entere pensará en el karma, en la justicia poética de las vidas. Yo creí que le había destrozado la vida a mi primera mujer, o así lo viví yo, o eso fue lo que sentí, o esa culpa me habitó, y ahora mi segunda mujer me

la destroza a mí, intento pensar que es eso más o menos lo que ha pasado. Tampoco tengo certezas. Sí sé que el divorcio de mi primera mujer fue traumático. ¿Lo fue? Han pasado más de trece años de ese divorcio, y ahora, después de más de trece años, ya ha cesado el dolor. Es muy difícil saber lo que ocurrió en el pasado, porque el pasado se mueve, está en permanente estado de modificación. Más allá de los diez años, la memoria solo es una novela más.

El pasado es cuántico. Sigue creciendo. El pasado tiene experiencias, cambia, evoluciona, no se está quieto. Fue una cosa en su momento, luego se convirtió en otra y al final solo es una fantasía.

Parece dolor y es superación; parece superación y es alegría; parece alegría y es envejecimiento.

Creo que el dolor se va muriendo poco a poco, pero aguanta perfectamente siete, ocho años, incluso una década, depende.